



La literatura profana, reducida únicamente á repetir cosas ya dichas, se extinguió del todo con la llegada de los bárbaros; y salvo alguna rara excepcion en Italia, sólo los clérigos estudiaban y escribían, sin que casi tratasen de otras materias más que de las religiosas. La Iglesia, propendiendo á destruir el paganismo, debió con tiempo apropiarse las armas de éste; y como no admitía en su seno sino á los que tuviesen conocimiento de las verdades capitales, fué preciso establecer escuelas en todas partes, cerca de los palacios episcopales, en los conventos, hasta en los campos, donde nunca se había pensado hasta entónces llevar la educacion, pues las instituciones de los antiguos concernian únicamente á las ciudades: en el convento fundado en Arles por San Cesareo, había doscientos monjes, cuya ocupacion principal era copiar libros. Las escuelas morales ó catequistas eran planteles de buenos sacerdotes para la predicacion y las misiones, pero además de enseñarles la ciencia de Dios, se les daba á lo ménos una tintura de las letras griegas, latinas y orientales, lo preciso para poder hablar á los pueblos entre quienes iban á vivir, y conocer sus leyes y costumbres.

### CAPÍTULO XXIV

#### Literatura latina.

Desde que cesaron con el antiguo gobierno los emolumentos de los profesores, todas las escuelas se cerraron, excepto las cristianas. Sin embargo, las episcopales ó catedrales, instituidas por los obispos, eran cada vez más áridas; las parroquiales cayeron en manos de personas escasas de ciencia y de caridad; sólo en los conventos continuó siempre con amor la tarea de la instruccion primaria y de los estudios elevados, de donde resultó despues la nueva filosofia, vituperada por espíritus preocupados con el nombre de escolástica. Alcanzaron especial fama las escuelas de Tours, Reims, Clermont, Lerin y Paris en la Galia; las de Monte Casino y Bobbio en Italia; las de Cantorbery, York, Westminster, Armagh y Clougharen en Inglaterra, y además las de Irlanda, de donde salieron fervorosos apóstoles, y las de Salzburgo, Ratisbona, Hersfeld, Corvey, Fulda y San Blasiano en Alemania. El concilio de Vaison (529) ordenó que los párrocos tuviesen en sus casas jóvenes á quienes educar en los estudios convenientes para el servicio de la Iglesia, segun la saludable costumbre seguida en toda Italia.

Hallándose vinculada la enseñanza en ma-



nos del clero, era natural que se aplicara enteramente á la ciencia divina, explicando las eternas máximas, ó comentando los libros sagrados por medio de la historia, la filosofia, la alegoría y la moral. No era ya un simple deseo de goces intelectuales, una idolatría de lo bello, influyendo en la sociedad sólo accidentalmente, sino que influa en las ciencias y las letras, dirigiéndose al objeto práctico de gobernar á los hombres, de determinar las creencias y de reformar las costumbres.

No habia, pues, literatura, como se entiende comunmente; pero la multitud de escritos de circunstancias, disputas teológicas, homilias, exhortaciones y comentarios que nos quedan, y que atestiguan los muchos que deben haberse perdido y los inéditos, desmienten al que cree que habia terminado la actividad de los ingenios y repite de continuo que la fe habia restringido el campo del pensamiento, cuando por el contrario los pensadores iban más léjos en el órden de sus concepciones para construir la sociedad nueva, é insinuar en las almas jóvenes y puras las únicas creencias que podian dulcificar su instinto feroz.

Los obispos predicaban todas las semanas; salian misioneros encargados de difundir la verdad, despues de haberse ejercitado en conocerla bastante á fondo, para poder rebatir las objeciones que les hiciesen; los papas alimentaban la llama del saber, y de muchos de ellos existen cartas llenas de eclesiástica erudicion.

Teodorico, aunque creia á las letras tan corruptoras que las prohibió á sus godos, las favoreció entre los romanos, instituyó la dignidad de conde de los arquiatras, y empleaba sus breves ocios en oír á Casiodoro discutir sobre fisica. Este último habla de tres profesores, uno de gramática, otro de retórica y el tercero de derecho, que explicaban en el Capitolio, los únicos tal vez que habian sido puestos allí cuando Teodosio el Joven asignó á aquel local tres retóricos y diez gramáticos latinos, cinco sofistas y diez gramáticos griegos, un profesor de filosofia y dos de leyes. Enodio elogia las escuelas milanesas, florecientes en tiempo de Teodorico, y los excelentes ingenios

que producía la Liguria, hasta el punto de decirse proverbialmente que aún nacia en Italia Cicerones. Los demas reyes bárbaros poco ó nada hicieron en favor de los estudios; y se cita á lo sumo la acogida que dieron los merovingios al poeta Venancio Fortunato, y un baston de oro y plata que el longobardo Cuniberto regaló al gramático Félix.

Casiodoro, natural de Scillace, é hijo de una familia benemérita, fué nombrado por Odoacro conde de las cosas privadas, y de las sagradas larguezas, y despues secretario por Teodorico, en cuyo nombre y en el de sus sucesores extendió rescriptos y ordenanzas, publicadas con el título de *Variarum libri XII*. En los cinco primeros libros se hallan reunidas las que fueron promulgadas en nombre de Teodorico; siguen dos libros de fórmulas ó de diplomas concernientes á los varios cargos civiles y militares; vienen luégo tres con las epístolas de los sucesores de Teodorico; y por último, otros dos de ordenanzas, emanadas del mismo Casiodoro, como prefecto del Pretorio. La dureza del estilo, el énfasis perpétuo, el invencible prurito de ostentar ingenio, retórica y erudicion, pueden perdonársele en cambio del interes que inspira aquel monumento único de la historia italiana de entónces. Es admirable, si se atiende á la época, la tolerancia religiosa que profesa el escritor; en nombre del rey Teodato dice al emperador Justiniano: «Pues que Dios permite que haya muchas religiones, no nos atrevemos á cargar con la responsabilidad de proscribir ninguna, recordando haber leído que se debe servir á Dios voluntariamente y no por mandato de un superior.» Habiendo visto venir á tierra el trono á que habia prestado fuerte apoyo, se refugió en el monasterio Vivariés, donde consagró el resto de su vida á ejercicios de piedad y al estudio.

Quiso que entre sus monjes, aquellos que tuviesen poca aptitud para las letras, se dedicasen á trabajos manuales, especialmente al cultivo de las tierras y á las tareas de la economía rural; lo que, segun su opinion, además de aprovechar al que se ocupaba en ello, proporciona los medios de socorrer á los pobres y





á los enfermos. En las horas de descanso copiaban libros, con cuyo motivo Casiodoro, ya de edad de noventa y tres años, escribió reglas de ortografía. En el libro *De anima* resuelve doce cuestiones que le habian propuesto sus amigos, cuando aun se hallaba en el siglo. Su exposicion de los salmos es un extracto de San Agustin y de otros Padres. La crónica desde el diluvio hasta el año 519, da algunas noticias acerca del siglo en que vivia, y ninguna de los tiempos anteriores. Debe sentirse la pérdida de su historia de los godos en doce libros, no conocida sino por el extracto de Jornandes.

Viendo Casiodoro con pena que mientras las ciencias profanas eran pomposamente enseñadas, faltaban maestros para explicar las divinas, y que no habia podido el papa Agapito remediar este mal segun sus deseos, por las agitaciones de Italia, trató de hacerlo, escribiendo un curso elemental de las ciencias propias del cristiano. Quiere que se empiece por aprender de memoria la Sagrada Escritura, y en especial los salmos: que se estudien despues los Padres y los intérpretes sagrados; que ninguno ignore la historia de la Iglesia y de los concilios; que se unan á estos conocimientos la cosmogonía, la geografía y el estudio de los escritores profanos con la discrecion de que dieren muestra los Santos Padres. En su concepto, consisten las ciencias, unas en la observacion, otras en el conocimiento, y otras en la estimacion de las cosas; esto es, las divide en contemplativas y prácticas: entre las primeras, cuenta el arte de hablar, que comprende la retórica y la dialéctica; y luego pone la aritmética, la geometría, la astronomía y la música.

Este método enciclopédico, desenvuelto por él segun la pauta de Marciano Capella, hizo que se sustituyesen pobres compilaciones al estudio directo de los grandes modelos; pero quizá tanto él como sus más ilustrados contemporáneos, sólo conocian éstos por los compendios de los siglos IV y V, pues que los tratados oratorios de Ciceron y Quintiliano parecieron á Isidoro de Sevilla demasiado largos para ser leídos. Además aquellas ciencias no

están más que indicadas en el tratado de Casiodoro, donde la aritmética ocupa apenas dos hojas, sin ninguna aplicacion de las reglas comunes, y con sobra de sutilezas absurdas acerca de las virtudes de los números; la geometría, que ocupa igual extension, le suministró algunas definiciones y unos cuantos axiomas; son tambien muy breves é insignificantes la gramática y la retórica; la lógica es algo más extensa y razonada. Trató especialmente de la música, y debia cultivarse en la corte de Teodorico, pues tambien Boecio escribió sobre ella, y el rey Clotario pidió á aquel príncipe un músico para acompañar al canto con un instrumento.

Severino Boecio nació en Roma, poco antes de perder ésta el dominio del Occidente. Su padre, que habia desempeñado altos cargos, le envió de edad de diez años á estudiar las letras griegas á Atenas, en donde permaneció diez y ocho, y tradujo allí varias obras de Tolomeo, Nicomaco, Euclides, Platon y Arquímedes, además de algunos tratados de Aristóteles. Sus comentarios á éstos sirvieron de norma en la edad media, y difundieron en Italia el conocimiento de las obras del Estagirita, cuyo método adoptó para tratar de la unidad y trinidad divinas. Habiendo regresado á su patria, se granjeó la voluntad de Teodorico, quien le elevó á la dignidad consular y puso á su cargo empleos de confianza. La posteridad le ha absuelto del crimen de traicion, como lo hará siempre respecto de todo hombre condenado en secreto.

Encerrado en una cárcel, escribió *Del consuelo de la filosofía*, diálogo en prosa y verso, con variedad de metros, donde la filosofía se aparece al autor, y le consuela manifestándole que Dios rige el mundo con designios de eterna sabiduría, incomprensibles al débil mortal, y que de consiguiente obra mal el que se queja de la inconstancia de la fortuna, cuyas manos no pueden distribuir otra cosa más que bienes fútiles y perecederos; que ni siquiera deben llamarse males los que emanan de Dios, y que sólo la virtud constituye la felicidad. Termina con varias cuestiones sobre el acaso y la Providencia, y sobre el modo de conciliar



ésta con la existencia del mal: antes ecléctico que católico en esta cuestion, la más difícil de todas, deja sin embargo muy atras á las demas obras de su época, y manifiesta un conocimiento perfecto de los mejores modelos de la antigüedad.

Su prosa, comunmente fluida, aunque á veces áspera y bárbara, cede la superioridad á su poesía, fácil, rica de nobles imágenes, impregnada de una triste armonía, y en la cual ensayó algunos metros y combinaciones de que los clásicos no habian hecho uso.

Muy inferior á él colocáremos á Enodio, obispo de Pavia, quien escribió exhortaciones escolásticas y otras, tomando por modelo las declamaciones antiguas. Tambien poseemos algunas cartas suyas sobre materias eclesiásticas, las vidas de San Epifanio y San Antonio de Lerin, un ampuloso y oscuro panegírico de Teodorico, y algunos epitafios y epigramas.

Rústico Elpidio, médico de Teodorico, dejó un poema sobre los beneficios de Cristo.

De Cornelio Maximiano, etrusco (que entonces equivalia á italiano), quedan algunos idilios, de cuyo texto resulta que se habia educado en los ejercicios gimnásticos y en la elocuencia; tal vez fué uno de los embajadores enviados por Teodorico al emperador Anastasio, cuando estaba en uso el hacerse reconocer rey de Italia. En Constantinopla se enamoró de una jóven, y como se hallaba muy entrado en años, experimentó las desgracias de que se queja largamente en su égloga. Entre muchos lunares tiene imágenes tan graciosas y pasajes tan bien imitados de sus antiguos, que sus églogas fueron atribuidas por largo tiempo á Cornelio Galo, amigo de Virgilio.

Se le cuenta entre los doce poetas escolásticos de quienes han quedado ejercicios ó especies de certámenes difíciles, como por ejemplo, veinticuatro epitafios para Ciceron, doce expresados con tres dísticos y otros doce con dos; variaciones sobre el tema *Mantua me genuit*; otros doce epitafios para Virgilio en otros tantos dísticos, los argumentos de los cantos de la *Eneida*, hechos cada uno por distinto poeta, en cinco versos; doce exámetros acerca de los juegos de azar (*De ratione tabulae*); doce pares

de dísticos sobre la salida del sol; doce estrofas de cuatro dísticos sobre las cuatro estaciones, tomando por modelo aquel de Ovidio *Verque novum stabat*; doce referentes á un rio helado; bagatelas artificiosas.

Arator, ligurio, que nació probablemente y de seguro se educó en Milan, siguió la carrera del foro; los dálmatas le enviaron en comision á Teodorico (527); fué conde de los domésticos en la corte de Atalarico (534), y desembarazándose al fin de las ocupaciones civiles, entró de subdiácono en la iglesia de Roma (556). Tradujo en dos libros de exámetros los *Hechos de los Apóstoles*.

Sobrepujó á éstos Venancio Honorio Clementiano Fortunato, trevisano de Valdobiadena, que estudió en Rávena la gramática y el arte poética, sin cuidarse de la filosofía ni de la literatura sagrada. Habiéndose curado una enfermedad de los ojos con el aceite de la lámpara que ardia en el altar de San Martin, agradecido marchó á adorar su sepulcro en Tours (565), y como fuese bien recibido por el rey Sigeberto, que iba á unirse á Brunequildales dedicó epitalamios y alabanzas. Despues llegó á ser confidente y capellan de Radegunda de Turingia. Elevado al obispado de Poitiers, sostuvo correspondencia con los principales personajes de aquel tiempo. Escribió siete vidas de santos; puso en versos exámetros la de San Martin, escrita por Sulpicio Severo, obra ejecutada tambien por Paulino de Perigueux (*Petrocoro*), y además escribió cartas teológicas en prosa, y doscientas cuarenta y nueve composiciones en diferentes metros, sobre la ereccion ó consagracion de las iglesias, ó en nombre de Gregorio de Tours, ó dirigidas á éste y á otras personas. Su poesía es frívola á menudo y de alegre colorido, en medio de la inmensa gravedad é importancia de la época. Se le supone autor del *Símbolo de San Atanasio*, del cual dió una explicacion. Sus himnos son buenos para aquel tiempo, y tienen armonía, imaginacion, movimiento, al paso que deslucen su prosa las antítesis y las cadencias rimadas. Cuando Radegunda obtuvo del emperador Justino un pedazo de la verdadera Cruz, compuso Fortunato el *Vexilla regis*





*prodeunt*, y una elegía en figura de cruz que empieza de este modo: *Cruce mihi certa salus, cruce est quam semper adoro*. Estas dificultades gratuitas y desagradables se introducían con frecuencia para suplir la falta de elegancia y de corrección, de donde resultaron los anagramas y otras ingeniosas combinaciones, y lo que dió margen también al uso de la rima, que se ve ya claramente en un epigrama del papa Dámaso, la cual halagaba con la armonía de las cadencias el oído, desde que se había perdido la costumbre de reconocer el valor exacto de cada sílaba. Así la poesía se iba transformando poco á poco de métrica en rítmica.

Más de ochenta epigramas poseemos de un tal Luxorio, que vivía en África durante el reinado del vándalo Trasamundo, en cuyo tiempo floreció también Flavio Félix. Se atribuyen á Remnio Fannio tres poemas, debidos quizá al gramático Prisciano; uno sobre las pesas y las medidas, otro sobre los astros, y el tercero sobre la geografía para el uso de los jóvenes, versión clara y sencilla del *Itinerario* de Dionisio de Carace, y en la que substituyó á las ideas paganas del autor otras cristianas, tomando de Solino los conocimientos que venían bien á su objeto. Nos queda del africano Flavio Cresconio Corippo, el elogio del emperador Justino, en cuatro cantos, que si bien nos prueba hasta dónde es capaz de humillarse la lisonja, nos ha conservado sin embargo varias particularidades acerca de las costumbres y las ceremonias de aquel tiempo, como las exequias de un emperador y la instalación de otro ó de un cónsul.

Pertenece además á aquella época un poema sobre la expedición de Atila y las hazañas de Gualtero, príncipe de los aquitanos, descubierto hace medio siglo, donde pueden encontrarse muchos pormenores callados por la historia; su estilo es flojo, aunque el autor parece nutrido con la lectura de los mejores autores, y especialmente de Virgilio. Muéstrase asimismo adicta á este euqueria, la cual, habiendo sido pedida en matrimonio por un esclavo, manifestó su indignación en treinta y dos elegías, parafraseando ó desmenuzando los versos que siguen al vigésimoséptimo de la octava

égloga del gran poeta de Mantua. Hay más soltura en los panegíricos del *Commonitorium fidelium* de San Oriencio, obispo de Iliberis, en sus exámetros sobre el nacimiento de Cristo, y en varios himnos.

Alcino Ecdicio Avito, natural de aquella Auvernia que era la flor de la Galia, sucedió á su padre en el arzobispado de Viena en 525, y se mostró muy celoso en el ejercicio de su ministerio, especialmente resistiendo con dignidad á los borgoñones arrianos, dominadores del Delfinado. De sus muchos escritos nos quedan un centenar de cartas (sobre los acontecimientos contemporáneos y seis poemas. Los tres primeros pudieran pasar por cantos de una misma epopeya; contienen la relación de todo lo sucedido desde el primer instante de la creación hasta que nuestros progenitores fueron arrojados del Paraíso: «Caen juntos sobre la tierra, entran en el mundo desierto y dirigen acá y allá su rápida carrera. El mundo sonríe adornado con toda clase de árboles y de verdor, con frescas praderas, fuentes y ríos, y sin embargo, ¡cuán vil parece comparado á tí, ¡oh Paraíso! ¡Qué horror experimentan hácia él, y cómo echan de menos lo que han perdido! La tierra es para ellos angosta; no descubren su término, y no obstante se sienten estrechos y gimen: el día se presenta oscuro á sus ojos, y bajo los rayos del sol se quejan de que la luz ha desaparecido.» Precedió, pues, á Milton, quien tomó de él algunas de las ideas con que hermoseó la cuna de la humanidad. Pero las bellezas pertenecen al que sabe servirse de ellas, así como la lira no es del comprador, sino del que sabe sacar de ella armoniosos sonidos.

Con Avito pudiera empezarse á hacer mención de una larga serie de escritores eclesiásticos, obispos y santos, notables principalmente por la piedad de sus obras y su ferviente celo, pero no desprovistos de mérito literario. San Fulgencio, obispo de Ruspa en África, ha sido calificado por Bossuet del más insigne teólogo y más eminente santo de su época. Su madre, mujer en extremo religiosa, ántes de ponerlo á estudiar latín, quiso que aprendiese de memoria todo Homero y parte de Menandro. Se



alababa de ser discípulo de San Agustín, pero á pesar de que excedía en claridad y órden á los autores contemporáneos, se quedó muy inferior á aquél en el estilo, como también á sus demas antiguos compatriotas, á Tertuliano en la energía, y á Cipriano en la facilidad. En general se muestra más teólogo que orador: hallándose en la córte de Teodorico, á quien veía rodeado de todo el brillo de la real magnificencia, dió treguas á su admiración para exclamar: «Si tanta pompa circunda á los reyes de la tierra, ¡imagínad cuál deberá ser la de la Jerusalem celeste! Y si los hombres, que no son más que jefes de la vanidad, se presentan revestidos de un honor tan grande ¡qué gloria, cuánta ventura disfrutarán los bienaventurados en el seno de la verdad! Cuando Trasamundo, vándalo arriano, se puso á perseguir á los católicos, desterró á Fulgencio á la Libia en unión de sesenta obispos, entre quienes, él, aunque el más joven de todos, gozaba de la principal autoridad, y se le consultaba desde los países más distantes.

De San Remigio, arzobispo de Reims (533), célebre por haber bautizado á Clodoveo, poseemos cuatro cartas y su testamento. Fausto, natural de la Armórica, abad de Lerin, y luego obispo de Riez (462), desterrado por el visigodo Eurico á causa de sus escritos contra los arrianos, trató de la gracia y del libre albedrío, mostrando alguna inclinación á las ideas de los pelagianos.

San Cesáreo, arzobispo de Arles, uno de los promovedores más ardientes del estado monacal en Occidente, nació en Chalons, ciudad situada á orillas del Saona, de una familia respetable por su sangre y su piedad: estudió en la abadía de Lerin, que ya hemos citado muchas veces como asilo de la ciencia, del amor, de la fe, de cuanto consuela, atrae y regenera á la humanidad. Debilitado por la predicación, fué á Arles á restablecerse, le proclamaron allí obispo, y presidió los concilios de Agda, de Arles, de Carpentras y de Orange. Sospechando Alarico, rey de los visigodos, y luego el ostrogodo Teodorico, que quería entregar la Provenza á los borgoñones, el primero le desterró, y el segundo le hizo conducir encadenado á

Rávena; pero sorprendido al ver su majestad é intrepidez, le volvió la libertad, y le regaló una copa de oro que pesaba sesenta libras, con trescientas monedas, que empleó por el santo en rescatar prisioneros. En sus ciento treinta *Sermones*, destinados á hombres groseros, abundan las antítesis y las comparaciones, sacadas de la vida doméstica; extraño á las letras profanas, y no habiéndose educado en las escuelas en que el cristianismo tomaba cierto tinte pagano, se muestra por esta razón más apostólico; todo en él se vuelve práctica sencilla; se dirige á los sentimientos naturales, y es el afectuoso é íntimo amigo del pueblo.

Han quedado como monumento de la borrascosa actividad de S. Columbano la severa regla que dió á sus religiosos, y diez y seis instrucciones ó sermones, llenos de imaginación, de fuego, de una rigidez que no transige con nada, de una insistencia que casi pudiera llamarse pasión. Las homilias de Lorenzo, obispo de Novara, ó de Navarra, que han llegado á nosotros, justifican mal el título de meliflúo que le fué adjudicado.

Exceptuando á Marcelino, conde de la Iliria, que escribió una crónica desde Valente hasta 534, hay que buscar en el clero los pocos é imperfectos historiadores de aquel período. Víctor, obispo de Vita, hallándose desterrado en Constantinopla [por motivos religiosos, escribió la historia de la persecución vándala en 487. Gildas el Sabio, apellidado Badónico por haber nacido en Calcedonia el año en que los sajones fueron derrotados en Bath por los ingleses (490), se ordenó, marchó á Bretaña y fundó allí el monasterio de Ruys, donde escribió en 543 la historia de los acontecimientos de su país, poniendo á su obra el título de *Liber querulus de eicidio Britannie*. Dionisio el Pequeño, natural de Escitia ó del Ponto Euxino, fué á Roma, donde tomó el hábito religioso, y además de las decretales ya mencionadas, compiló un ciclo pascual de noventa y cinco años, empezando en el de 531, é introdujo la manera de contar desde el nacimiento de Cristo, que fijó en el año 43 de Augusto. El venerable Beda, que en su crónica *De sex mundi atatibus ab orbe condito ad annum* 726, describió este ciclo, fué el pri-